

Por Ramiro
Fernández,
Psicoesteta



Oviedo, el sano espíritu de la convivencia

No cabe la menor duda de que vivir hoy en Oviedo es un lujo que no todas las personas se pueden permitir. Porque esta ciudad-pequeña y a la vez grande, moderna y también histórica-regala todos los días a sus vecinos comodidad y sosiego, armonía y estilo y, sobre todo, muchos servicios y actividades. Hemos sabido construir entre todos una capital en la que se vive de una forma mucho más humana, porque, en efecto, se ha dado prioridad a la persona frente al monstruo global que hoy en día representan el desarrollo y los avances tecnológicos en todos los sentidos. Además, veo a Oviedo como un todo, como una entidad que no puedo diseccionar para elegir como preferida una parte concreta de ella.

No entendería esta ciudad si no pudiese pasearla entera, olerla entera, quererla entera. No la comprendería sin poder ver a sus gentes en contacto con los mercados del Fontán y este entorno remozado de las oficinas de información que conserva el tipismo carbayón, espacio incomparable donde lo mágico contrasta con la más auténtico de todas las realidades: la lucha por el trabajo. El Fontán es señal de identi-

dad de esta Vetusta apasionada; pero también marco de supervivencia donde se trabaja duro entre el frío y la lluvia. ¡Es tan bello contemplar este contraste!

Y tampoco entendería esta capital si no pudiera disfrutar de los excelentes escaparates que lucen sus tiendas, modernas, de progreso, cultivadas en un constante afán de superación por estar -como así sucede- en la vanguardia de la moda. La ciudad que heredamos de Clarín, la que nos «rasgaron» en la revolución del 34 y la que nos tiene encandilados en este siglo XXI, con sus maneras moderadas por los años de purismo y tradición, de academicismo y tradicionalismo, con su incipiente modernismo y su creciente sentimiento futurista, ésa es el mejor Oviedo, mi querido Oviedo.

¿Cómo podría yo entender esta ciudad sin su centro urbano, sin su arte, sin su cultura, sin su belleza rural? Pasear por la calle de Uría (ahora en obras para hacerla aún más hermosa) es el mejor estímulo para pensar en el futuro. Esta calle es bella, políglota, activa, culta, transigente, colorida, elegante, selecta y también dicharachera, estresante, tranquila, arterial, discreta, amistosa, encantadora... desde la estación de la

RENFE, que nos evoca al viajero, siempre tan bien acogido en esta ciudad, hasta el Campo de San Francisco, pulmón de Oviedo y parque por excelencia, cargado de historia y de presente, la calle de Uría es, como decían Los Panchos, «alma, corazón y vida», el estímulo por excelencia de cualquier carbayón que se precie.

Y cuando quiero encontrar la paz y la armonía en este Oviedo, me dirijo, por la calle San Francisco arriba, con la plaza de la Escandalera como referencia de partida en este tramo de tanta belleza, a la plaza de la Catedral. Al tiempo que «saboreo» la Universidad, mis ojos ya «tropiezan» con esa magna obra que es el templo, ese coloso artístico que nos pone la principal señal de identidad. Su plaza, la plaza de la Catedral, respira complicidad; ni te deja estar quieto ni te echa. Como que te remueve todo el cuerpo y todo el alma. ¿Qué tendrá esta plaza? Es el umbral perfecto para adentrarse por las estrechas calles del Oviedo viejo: la Rúa, Cima-devilla, Magdalena, el propio Fontán... El mundo de la cultura me lleva directo al teatro Campoamor y Auditorio, auténticos hervideros de inquietudes y manifestaciones musicales, folclóricas,

teatrales, pictóricas, operísticas... Y, por supuesto, también me lleva a los monumentos del prerrománico: Santa María del Naranco, San Miguel de Lillo, San Julián de los Prados...

¿Y qué decir de la zona rural, de la que nos olvidamos con frecuencia? El nuevo Olloniego, antiguo centro minero reconvertido en centro neurálgico de expansión industrial, al igual que Trubia, con su histórica y todavía activa Fábrica de Armas, Las Caldas, Fuso, Sograndio, Latores, San Claudio, Colloto, Limanes... y tantos hermosos pueblos que viven momentos de auténtico esplendor. En ellos residen muchas personas alejadas del asfalto capitalino; yo -allerano de Nembrasé- perfectamente lo que es la vida lejos de las Plazas Mayores o a unos cuantos kilómetros de la calle de Uría. Por eso, creo conocer un poco el talante de sus vecinos, con los que comparto el reconocido amor que tienen a sus costumbres y tradiciones. Porque, vivir «al lado de» nos hacía distintos, y los distinguidos eran los habitantes del centro de las ciudades. Ahora, casi todas se han vuelto más anónimas, inhumanas, masificadas... Pero Oviedo representa la excepción

porque su verdadero distintivo comienza allí donde los habitantes vuelven a ser vecinos, compañeros, gente que se conoce por sus nombres o apodos. Cuando la solidaridad y la ayuda se convierten en un auténtico sentimiento, las costumbres se consolidan mejor como algo propio y heredado que se repiten con reconocido cariño. Y eso es lo que le pasa al Oviedo urbano y al rural, sin ningún tipo de distinción.

Me gusta la capital del Principado de Asturias porque toda ella viste de luz, alegría, hermandad, esplendor. Lo hermoso, además, se envuelve de sus mejores galas y abre todos sus rincones a gentes de toda Asturias, España y de otros países. Porque Oviedo es ante todo una ciudad abierta, acogedora y siempre dispuesta a recibir a quien quiera compartir una ciudad que lo tiene todo.

Sí, Oviedo es un ejemplo de ciudad. Lo digo con la boca bien grande y con el corazón abierto. En él convivo cada día con personas que miran hacia delante y que se preocupan por el progreso. Pero también con personas que se niegan a olvidar los valores humanos y el sano espíritu de la convivencia, o sea: el espíritu de Oviedo.